

El escarmiento

Josep Ram3n Jov3

Il·lustraci3n: Leo Jan Braut

Hab3a algo en Clara que me gustaba especialmente, una forma suya de ser que quiero definir como algo cercano a la impertinencia. Si, aquella chica de ojos verdes claro y piel de un tono tenuemente aceitunado sab3a pasar con rapidez de coqueta encantadora a simpática irascible. Pero lo fascinante era el brillo de sus ojos: un destello malhumorado que me hac3a arder por dentro. Clara, enfurecida y maleducada, caprichosa y cruel, ten3a cara de poeta adolescente cuando sacaba las u3as, y entonces yo, como si hubiese descubierto una f3rmula m3gica para inmunizarme a su crueldad, la amaba como un tonto y me sent3a orgulloso de ella. Puede parecer est3pido, incluso c3mico, pero vistas las cosas como yo las ve3a antes de que todo terminase, esa mujer ten3a todo lo necesario para ser el gran amor de alguien que, como yo, nunca se ha mostrado dispuesto a toparse con grandes idilios. La conoc3 una noche, una de esas noches que uno jam3s debe olvidar, no importan ni los a3os que han pasado desde entonces ni tampoco lo que hubiera podido ser de m3 de no suceder aquel encuentro. La hora era bastante avanzada. Mi cabeza hab3a dado ya demasiadas vueltas y lo que quedaba de mi 3nimo se escond3a agazapado en alg3n lugar bajo mis zapatos. Dentro de m3 la confusi3n era m3s que notable, y los vertiginosos mareos producidos por el exceso de alcohol se confund3an con la taquicardia que comenzaba a martillar en mi pecho. Todo aquello me induc3a a pensar que lo mejor ser3a irse a casa. Ech3 a andar recordando con esfuerzo que a un par o tres manzanas de all3 hab3a una parada de taxi de servicio permanente, justo frente a la estaci3n de autobuses. La



noche era muy fría. Un cielo despejado que entonces se me antojaba como una inmensidad gélida y despiadada cubría las calles desiertas; era como si todos se hubiesen escondido en sus casas ante el temor de lo que podía suceder. Una noticia había estado saltando de boca a boca durante todo el día. La opinión pública estaba alerta, más que satisfecha por la recién anunciada campaña de escarmiento contra los traficantes de drogas. Unas horas antes, el alcalde y el jefe de policía habían aparecido en televisión para lanzar su advertencia con el pertinente tono firme y la calculada expresión grave que corresponden a este tipo de mascaradas, la ciudad iba a ser limpiada de camellos durante los siguientes días.

Llegué como pude a la estación de autobuses. Las luces de sus focos se proyectaban en el asfalto húmedo. El aire fresco y el largo paseo me habían despejado un poco y pronto me pareció que las cosas no estaban tan mal. El bar seguía abierto. La siguiente idea que cruzó mi cerebro fue que un café no me podía sentar mal. El camarero me atendió al instante, y aquel líquido caliente me produjo una sensación de alivio casi repentina. Estrené un recién adquirido paquete de cigarrillos y mi mente se puso a trabajar en unas condiciones que diez minutos antes me hubiesen parecido imposibles. Ahora todo parecía mucho más claro que unas horas atrás, cuando me quedé sin el puesto de trompetista en el Malcom's Lounge. Las palabras habían sido precisas y contundentes, como puñetazos de un peso pesado; fatales hasta el punto de hacerme pensar en el futuro inmediato como en algo de mal sabor. Estaba metido en los típicos apuros de todo músico de jazz de segunda fila que un mal día se queda sin trabajo en una ciudad donde precisamente lo que sobran son músicos de jazz.

Terminé mi café y la idea de tomar un último trago surgió de repente. Pedí un combinado, y, al desviar la cabeza, la vi por primera vez. Estaba sentada al otro lado del bar, mostrando a sus acompañantes una sonrisa de primera clase. Situaciones como ésa sólo se pueden creer cuando uno las ha vivido. Era, simplemente, una mujer perfecta en mi concepción de lo perfecto. Una hembra preciosa que respondía a esa idea que desde mi primera juventud había ido tomando forma dentro de mí. En fin, prefiero ahorrar detalles sobre cómo después de un par de ridículos espantosos llegué a conversar con ella. Quizá lo más sorprendente es que sus compañeros, dos tipos gigantescos vestidos con la elegancia de un nuevo rico, no parecieron molestarse nada por mi precipitada intromisión. Pocos minutos después ya sabía que se llamaba Clara. Resultaría confuso explicar

cómo terminamos saliendo juntos del bar. En aquellos momentos me sentí muy afortunado. No sólo creía haber encontrado chica, también era consciente de que a veces las borracheras se convierten en nuestros cómplices; al menos la de aquella noche estaba comenzando a desaparecer en el momento más conveniente, como ayudando, con la picardía de alguien que está contigo con frecuencia, a que todo adquiriera matices extraordinarios a una velocidad poco usual.

Clara dijo haberme escuchado algunas noches en el club de donde acababa de ser despedido; un antro reducido donde cincuenta personas son una multitud, aspecto que justificaba que yo no la hubiese descubierto antes. Curiosamente, el grupo donde ella cantaba estaba buscando un trompetista, y ése iba a ser yo. Me metió dentro de un coche y fuimos al viejo garage donde se hacían los ensayos. Allí hablamos, e incluso llegamos a coquetear, pero en el momento en que a mí me pareció oportuno pisar a fondo para comenzar a despegar ella dijo que tenía que marcharse, que yo podía quedarme a pasar la noche allí si no me apetecía volver a mi apartamento, pero que era imprescindible que volviese al día siguiente con mi trompeta. Finalmente añadió un par de frases de sorpresa ante el gran número de policías que habíamos visto patrullar por la ciudad.

Parece mentira que una voz como la de Clara nunca hubiese sido comparada con la de las grandes cantantes de jazz, que jamás su nombre en un cartel hubiera conseguido llenar el viejo Carnegie Hall, o que la sabionda crítica musical de la ciudad no sintiera desde su pedestal una debilidad especial por ella. Solíamos comenzar los ensayos con "Just In Time", y más adelante, cuando el ambiente se caldeaba y los instrumentos encontraban su mejor punto, ella solía cantar una versión de "Lover Man" que a mí me ponía la piel de gallina. Interpretaba con fuerza, y conseguía dar a todo un baño de ambigüedad que a veces me recordaba a *Lady Day*. Clara improvisaba mucho y el vértigo imparable de su fraseo aventurado conseguía efectos maravillosos. El resto de los chicos eran bastante buenos y no parecían nada descontentos de su nuevo trompetista. Todo estaba bien, el whisky corría a raudales y un inmediato contrato en el Olivia's iba a solucionar momentáneamente mis problemas.

A la salida de los ensayos, Clara solía pedirme que la acompañase a comer algo a un chino que regentaba un amigo suyo. Luego, cigarrillos y tragos en clubes donde se podía escuchar buen jazz ponían punto final a la noche, y nos retirábamos con el cerebro algo turbio, siempre con la duda de si una de esas noches terminaría-

mos acostándonos juntos. A veces, cuando volvía a casa tambaleándome, intentando que mi cuerpo encontrase una postura cómoda dentro del abrigo, las notas de "Embraceable You" y "Don't Blame Me" sonaban en mi cabeza de forma obsesiva y dulce a un mismo tiempo, como augurio de algo sorprendente que ya estaba comenzando a despertar en mí.

Pasaron unas semanas, los ensayos iban de maravilla y ya faltaba poco para empezar en el Olivia's. Una tarde en que tuvimos que suspender el ensayo por falta de luz en el local, Clara y yo fuimos a mi casa a terminar de arreglar una partitura que habíamos compuesto entre los dos. Pronto nos olvidamos de la música e hicimos el amor. Fue apasionado y desesperado a la vez; el resultado de un proceso que ahora culminaba con algo que deseábamos desde hacía semanas. Más tarde, en esos instantes en que la penumbra invade la habitación llena de aire sucio y la columna de humo que surge de los cigarrillos atraviesa el espacio para convertirse en un tercer compañero que en nada turba la intimidad, Clara dijo que iba a pedirme algo especial, una cosa que yo debía hacer por ella sin preguntar nada. Se trataba de acudir esa noche a una callejuela del centro llevando el estuche de mi trompeta. Allí me encontraría con alguien

que debía entregarme una maleta en el momento en que yo le diese la funda del instrumento. Luego, era necesario que me fuese a casa sin preocuparme de nada más. Dependían muchas cosas de que hiciese aquello, y, por tanto, se trataba de algo importante. Entonces se vistió y después de despedirme me dejó solo.

Con aquella petición cualquier respuesta que yo intentase dar se quedaba en vaga suposición. La verdad es que no me hacía ninguna gracia y no valía la pena pensar demasiado, ya que mi cerebro hubiese trabajado contra reloj: la noche se acercaba y yo debía cumplir. Sabía que si renunciaba a hacerlo sin duda me quedaría sin el trabajo en el Olivia's, o lo que es peor, también sin la mujer de la que ya estaba enamorado. Pasé por el local y encontré la funda de la trompeta, la alcé con las dos manos y por el peso supe que estaba vacía. Unos segundos después mis ojos descubrían el instrumento desnudo sobre una de las sillas. No había duda de que aquel envoltorio duro y en forma de maletín rectangular contenía algún secreto, pero no me atreví a desvelarlo. Cuando salí a la calle llevando el estuche conmigo me maldije una y otra vez; estaba claro que alguien jugaba conmigo. Cené en un restaurante frecuentado por músicos, como tantos otros en aquella ciudad. Treinta minutos antes de la hora convenida me dirigí al lugar de la cita, caminando despacio con la única compañía de mi propia sombra que juguetea aparecía y desaparecía según la presencia intermitente de farolas a lo largo del trayecto. Ya en el centro me detuve a tomar una copa; pedí un coñac y un buen habano. La mezcla del humo y el sabor pastoso del licor me pareció magnífica; una sensación digna de ser gozada pocos minutos antes de meterse en una trampa. Al salir, la calle, la gente y los coches, los carteles luminosos y los escaparates, aquel cielo inmenso y el frío que no daba tregua en su ataque frontal, me envolvieron y me hicieron sentir perdido en una inmensidad incompresible. Doblé una esquina y un chiquillo que correteaba se estrelló contra mí, haciendo que el estuche cayera al suelo. Con el impacto, cuatro bolsas de polvo blanco quedaron tiradas sobre la acera. Ahora tenía la certeza de que Clara jamás sería mi brújula cuando me sintiera tan extraviado como en aquellos momentos. Miré el reloj. Tenía el tiempo suficiente para recoger la droga y acudir al lugar de la cita.

Cuando entré en el callejón me di cuenta de que hacía menos frío. Caminé unos pasos y observé lo que me rodeaba; la iluminación era tenue y los cristales sobre el suelo hacían pensar que los faroles habían sido destrozados a pedradas. En aquella oscuridad iba a ser difícil localizar a alguien. El suelo era resbaladizo y había basura

acumulada a ambos lados de la calle. Encendí un cigarrillo y por mi mente desfilaron las primeras notas de "Round Midnight", como si el propio Monk estuviese tocándola en aquel lugar. De repente, un ruido de pasos me indicó que mi espera había terminado. Una figura envuelta en un abrigo salió cojeando de las sombras y se dirigió hacia mí llevando una maleta pegada al costado. Quedamos los dos frente a frente y le saludé con un gesto, mientras su proximidad era también delatada por su aliento sucio. El me devolvió el saludo y se acercó todavía más, llegando casi a rozarme con su abrigo. Entonces me dispuse a darle la funda de mi trompeta, pero me detuve al comprobar que iba a encender un cigarrillo. La luz del encendedor le iluminó la cara por un instante y pude reconocer su rostro. ¡Qué sorpresa!, no era otro que el



viejo Dixie Bondrie, un pianista con el que había tocado en otros tiempos. El también me había reconocido, y ahora nos dábamos la bienvenida en un tono mucho más eufórico que unos segundos atrás. Entre exclamaciones y risotadas me dijo que no entendía nada de lo que sucedía, que alguien le había prometido trabajo si llevaba una maleta a aquel lugar y la cambiaba por el estuche. No tuvimos tiempo de decirnos nada

más. Unos potentes focos iluminaron el callejón y en un momento todo se llenó de coches de policía y tipos uniformados. Los disparos comenzaron a sonar. Vi a Dixie caer muerto a mi lado mientras su maleta se abría y cientos de billetes volaban a nuestro alrededor. Montones de dinero eran llevados por el aire ante mis ojos, imponiéndome así su visión mientras un extraño cosquilleo me invadía el abdomen y la vista se me empezaba a nublar. Monk volvía a tocar su balada más preciosa y las notas de su piano luchaban inútilmente por anular el eco de las balas.

Al día siguiente los periódicos dirían que la policía había iniciado con éxito su campaña de escarmiento. Ahora el viejo Dixie y yo viajamos juntos. Estamos de *tour* con una banda en la que los blues siguen siendo parte del repertorio, aunque tocarlos ya no tenga ningún sentido.

EVERY NIGHT JAZZ EN VIVO

CLAMORES JAZZ CLUB



CAVAS Y CHAMPAGNES

c/ Albuquerque, 14 (Gta. Bilbao) - Tel. 445 79 38